

Capítulo 8

Los recaudadores de impuestos también se falsifican





MAREA
EDITORIAL

En la jerga de La Salada, a vender ropa con logos de grandes Empresas se le llama “hacer marca”. Si alguien dice “vendo marca”, significa que ofrece esa ropa en su puesto pero no la fabrica: quizás se la compre a otro o la traiga importada. Hay otro término, clave para entender cómo funciona La Salada, qué es “pagar marca”. Así se le dice a la coima que cobra la policía por dejar circular la mercadería falsificada.

Desde la época en la que murió Gonzalo Rojas Paz, pagar marca es una institución. Los feriantes aceptan su existencia como una desgracia más o menos regular, que cada tanto puede dejarles las ganancias en cero. Lo comprobé una noche en la que viajé con el remisero Alberto. Aquella vez llegó una hora y media más tarde de lo previsto. Para disculparse dijo que le había cambiado una bobina al auto, y tenía que andar despacio por un tiempo, hasta que las piezas nuevas se hermanasen. Dijo “hermanasen” con cariño, usando el mismo tono con el que podría haber dicho “hasta que las piezas se fundan en un abrazo”. Enseguida cambió de frecuencia y empezó a quejarse. Que el auto siempre se rompía, que no llegaba a pagar todos los créditos que había sacado, que a su sobrino le habían robado las zapatillas. Para él, dejarme plantado era un detalle más en el gran drama de la vida.

–Si no es molestia –dijo para terminar su discurso–, en el camino tiramos a un pibe, y te rebajo un par de sopelinos.

El otro cliente era un boliviano de unos treinta y cinco años.

Traía una bolsa de consorcio llena hasta la mitad de camisas imitación Polo. Estaba peinado con raya al costado y se había puesto una de las camisas que vendía, así que tenía pinta de volver de hacer trámites. Era muy prolijo, pero parecía no haber dormido bien en muchos días y su flacura extrema le daba cierto aire siniestro. Más tarde, el remisero Alberto contó que una vez al mes venía desde Bolivia con ropa de contrabando en el equipaje, se quedaba en Buenos Aires hasta liquidar toda la mercadería y luego volvía a recomenzar el ciclo.

Subió al auto y saludó con un gesto. El asiento estaba tan suelto que en cada bache cambiaba de posición. La única forma de no caer era sostenerse con las manos y dar pequeños saltos para devolverlo a su lugar. Pasamos por un estacionamiento: un pedazo de calle que por alguna razón los días de feria se cierra al público. Cada cincuenta metros había un grupo de adolescentes alrededor de una fogata. Otros, alejados del fuego, se habían enfundado en camperones de gimnasia. A orillas del Riachuelo y en medio de la oscuridad parecían pibes chorros esperando a sus víctimas. Alberto notó cierto nerviosismo a bordo.

–No pasa nada –dijo–. Estos cuidan el estacionamiento. A veces están tan dados vuelta que empiezan a jugar de mano y se matan entre ellos.

Doblamos en una esquina y vimos la luz azul de un patrullero. Los días de feria era común ver coches de seguridad privada o patrullas de la bonaerense en las calles laterales. El azul se reflejaba contra las persianas de los negocios y le daba a toda la cuadra un tono de sirena intermitente. Como era una calle de tierra, me agarré del tablero del auto para no caer.

El otro pasajero habló:

–Te voy a pagar ahora y ni bien llegamos bajo corriendo.

Parecía que las palabras estuviesen a punto de ahogarlo.

Intenté darme vuelta –el asiento giró junto con mi cuerpo– y le pregunté qué problema tenía.

–La semana pasada los policías de allá, de la esquina, me sacaron la recaudación. Yo vendo marca y si no les daba toda la plata se quedaban con la mercadería. Me entraron a la pieza y amenazaron con llevarse todas las camisas.

Alberto dijo algo sobre no dejarse pasar por arriba. Yo agregué que no tenía por qué darles nada, que lo que habían hecho era un robo y que podía denunciarlos. El hombre se encogió de hombros y me miró como se mira a los locos, pero no dijo nada.

Llegamos a su pensión. El boliviano bajó del auto y corrió hacia una puerta de chapa oxidada. La abrió y en un segundo desapareció en el pasillo, como si se lo tragara un agujero negro.

Seguimos nuestro camino. El patrullero estaba en la esquina. Tenía el frente chocado y adentro había dos hombres con cara de haber dormido mal.

El 23 de enero de 2008 el diario *Clarín* publicó una noticia sobre una mujer boliviana asesinada por falsos policías. Era un recuadro sin firma en la página 33. La nota daba por descontado que se trataba de una interna entre feriantes o un ajuste de cuentas. Según la noticia, “Maruja Micacio y su marido iban en un Ford Fiesta por Camino de Cintura cuando fueron sorprendidos por tres personas que bajaron de un Peugeot 504 gris. Los hombres estaban vestidos con ropas similares a las de la policía y mostraron a sus víctimas falsas credenciales”. Uno de esos hombres había matado a Maruja de un disparo.

No fue difícil encontrar al viudo. Gastón bailaba en un grupo de danzas de Villa Celina y aunque ese año no iba a participar de ninguna fiesta porque estaba de luto, seguía en contacto con sus viejos compañeros. Sus familiares, además, planeaban hacer una misa en una capilla de Lugano. Uno de sus colegas me pasó el teléfono, lo llamé y acordamos una cita en la estación del premetro en Plaza de los Virreyes.

Lo esperé dos horas. Logré comunicarme con él un día más tarde. No tenía registro de haberme plantado.

–Es que me llamó un estampador –dijo a modo de disculpa.

Acordamos una nueva cita. Esta vez yo iría a su casa en Villa Celina. Me subí al 103 y viajé durante una hora. Ni bien cruzó la General Paz, el colectivo agarró Crovara, una avenida suburbana que empieza en un descampado y luego se convierte en una sucesión de negocios aburridos: fábricas de matafuegos, de repuestos para autos, corralones y ferreterías.

Gastón vivía a pocas cuadras de la avenida, en una casa vieja pero reformada. Tenía dos pisos, entrada para autos y una ventana con rejas y persiana. En la puerta estaba el Ford Fiesta con el cual había sufrido el asalto. Era blanco y estaba chocado en el guardabarros delantero. Toqué timbre y no atendió nadie. Me pareció que un par de ojos miraban desde atrás de la persiana. Casi podía sentir su aliento. Insistí: los ojos se movieron, pero no emitieron sonido.

Di una vuelta a la manzana como para hacer tiempo y volví a tocar timbre. La línea oscura por donde se habían asomado los ojos estaba vacía y se quedó así. Agarré mi teléfono celular y marqué el número de la casa. Escuché como sonaba y adiviné los pasos que iban hacia él. Me atendió una voz de mujer.

–Estoy en la puerta –dije–. Tengo una cita con Gastón.

–Pero él no está –me contestó la voz.

La escuchaba en estéreo por el auricular y a través de la ventana. Le dejé dicho que llamaría, y que por las dudas anotara mi número de teléfono. Sabía que era en vano.

Una semana más tarde volví a llamarlo y acordamos reunirnos el martes por la tarde. Llegué puntual. Toqué timbre y los mismos ojos de la otra vez se asomaron por la misma hendidura en la ventana. A esa altura, la mujer ya me conocía. Asomó la cabeza por la puerta y saludó.

–Busco a Gastón –dije.

–Él salió.

En su voz había un intento de compasión. Era una chica de veintipico de años. Tenía guantes de látex naranja y el pelo atado con desgano.

–Vine de lejos. Es la tercera vez que me planta. Voy a esperarlo, así que vuelvo en un rato.

Caminé por el barrio. No tenía nada de especial: algunas casas estaban en construcción, otras ya mostraban sus segundos pisos terminados, siempre con muchas rejas y diseños cuadrados, tan hoscas como funcionales. No había bares ni parrillas a la vista. Lo único disponible para sentarse era una heladería. Pedí un helado en vaso de plástico y traté de mirar televisión. Era la hora en la que hay puros programas de chimentos. Veinte minutos después volví hasta la casa y toqué timbre. Los ojos de la mujer se asomaron por la ventana y enseguida reaparecieron en la puerta. Ya éramos casi familiares, pero Gastón no había llegado.

Esperé sentado en la vereda. Había perdido la noción del tiempo y del motivo de mi insistencia. Ni siquiera sabía si tenía sentido esperar a alguien que no tenía ningún interés en contar su historia.

Una hora más tarde, frente a la puerta estacionó una camioneta 4x4. Del asiento del conductor bajó un hombre de unos treinta años, algo retacón. Tenía camisa negra y rostro redondo. Cuando estuvo a un metro estiró la mano para saludarme: era Gastón. Hacía un mes exacto que habían matado a su mujer.

–Me vas a disculpar –dijo–, pero es que ando con los horarios cambiados. Con Maruja nos turnábamos para hacer las cosas: mientras uno dormía, el otro trabajaba. Ahora que estoy solo me cuesta organizarme.

Entramos a la casa. Tenía ambientes amplios, revoque grueso pintado a la cal y muebles grandes, con cierto aire gitano. En el living había un modular negro con un televisor de 29 pulgadas. Sobre una silla de caño beige descansaba una corona de flores un poco marchitas con la bandera de Bolivia en el centro.

Gastón me pidió que hablásemos rápido y en voz baja.

–Mis hijos están arriba. Ellos no saben nada. Piensan que Maruja viajó a Bolivia, y están esperando que vuelva.

Al fondo se veía un patio de cemento gris. Allí, la mujer que había atendido la puerta fregaba ropa agachada frente a un balde. Lo hacía con fervor, casi con bronca. Le dediqué una mirada.

–Pobre –dije para romper el hielo–. La volví loca de tanto insistir.

Gastón la señaló con el mentón. Fue un gesto despectivo: como si su presencia no tuviera entidad para hacerlo levantar la mano.

–Mi prima –aclaró.

Hablamos casi en murmullos. En pocos minutos me confirmé lo que yo sospechaba: lo de aquel domingo no había sido un asalto común.

–Ya nos habían robado varias veces –contó–. Pero en realidad no sé si eran robos: casi siempre nos paraba la policía y nos decían “dame la plata”. Yo les contestaba que no tenía, que se la había llevado mi primo y les mostraba la billetera. Siempre guardaba trescientos o cuatrocientos pesos para darles y dejarlos tranquilos. Pero esta vez falló.

Gastón y Maruja se habían conocido doce años antes. Él era costurero y ella ayudante en el taller textil de un fabricante coreano. Los dos tenían diecinueve años y dormían entre las máquinas con la ilusión de ahorrar y montar un taller propio. Cuando lograron hacerlo, Gastón copió un modelo de blusa que vio en Fashion TV y se largó a vender en La Salada.

La primera vez que tuvieron un encontronazo con la policía fue en Camino de Cintura, a pocos metros de donde más tarde matarían a Maruja. Un auto de civil los había parado para un control de tránsito.

–Nosotros sabemos que hacés marca. O nos das la plata o te allanamos la casa –lo amenazó uno de los policías.

Ninguno de los dos supo qué responder. Uno de los policías

lo empujó afuera del auto y se puso al volante. Gastón subió en el asiento de atrás y fueron en caravana hasta Puente La Noria. En avenida Roca pararon en una estación de servicio y Gastón les ofreció quinientos pesos para que lo dejaran ir.

–Es poco –contestó el policía–. Vamos a tu casa.

Gastón enloqueció: soy fuerte, dijo para sus adentros, y pegó un alarido que los dejó helados.

–¡Ya! –gritó–. Hagan conmigo lo que quieran. Maru, vos volvé a Bolivia. A mí que me lleven, que me denuncien, que me metan preso si hace falta.

Recién ahí, uno de los oficiales retrocedió: los dejó ir a cambio de ochocientos pesos.

Desde aquel día acordaron que cuando los parase la policía, ella iba a esconder la recaudación y él se encargaría de negociar.

El 22 de enero de 2008 hicieron eso. Mientras los oficiales se acercaban, Maruja guardó la plata entre sus ropas y Gastón calculó cuánto dinero tenía en la billetera. Los hombres les mostraron las placas y les pidieron que bajaran para controlar los documentos del auto.

–Les di los papeles –continuó Gastón el relato– pero ni los miraron. Uno se me acercó y me dijo al oído “dame la platita de la feria”. Pensaba ofrecerles 150 pesos, pero Maruja escuchó una sirena y corrió para pedir ayuda. Era una ambulancia que ni paró a ver qué pasaba. Yo la sentí gritar y enseguida hubo un ruido seco. A mí me golpearon en la cabeza y caí al piso, todo acalambrado. Cuando me logré levantar ya no quedaba nadie.

Unas horas después encontraron el auto abandonado en una zanja. Adentro estaba el cadáver de Maruja. Tenía un balazo en la cabeza.



MAREA
EDITORIAL